

Y TODAVÍA SIGUE

2000

Está amaneciendo sobre el Mediterráneo. El mar está tranquilo y en calma. Una ligera brisa. Hoy cumpla 78 años. Desde la terraza de mi apartamento, un décimo piso frente a la playa de Benicàssim, veo un arco de mar que va desde las palomeras de Oropesa hasta el puerto de Castellón. Soledad y silencio. En el horizonte, tres petroleros mantienen aún sus luces de posición encendidas. Aguardan su turno para atracar en el pantalán de la refinería. Se me viene a la cabeza un verso de John Mansfield:

I must go down to the seas again, to the lonely sea and the sky,
And all I ask is a tall ship and a star to steer her by [...].

Alguien dijo —y tenía razón— que el infierno, si existe, está hecho con los deseos no satisfechos. A mí me habría gustado navegar. Ser patrón de un pequeño velero y vivir en él, yendo y viniendo por todos los puertos del Mediterráneo. Ese deseo surgió en mí con gran fuerza en unas Navidades de 1950, en Palma de Mallorca. Pero para hacer eso, ¿de qué iba a vivir? Tenía que haber sido una «estrella» famosa, como Errol Flynn, o un escritor de éxito internacional. Y ese no era mi caso. Por aquel entonces a lo más que podía aspirar era a hacer mi primera película, y eso aún era muy problemático.

Galopar por verdes praderas; debe de ser maravilloso. En Comillas, filmando *La corrupción de Chris Miller* en 1973, tuve a disposición de la película la cuadra Duarte, un famoso y rico «peronista» refugiado en España.

Podría seguir enumerando esa ristra de deseos no satisfechos, que nunca me han hecho infeliz. Y es que yo soy de buen conformar y cumpla a rajatabla eso de «si no tienes lo que quieres, quiere lo que tienes».

1905

Teatro Coliseo Imperial. Madrid. Entrada al escenario. Evarista camina por el pasillo de los camerinos. Camina contenta; una bolsa en una mano y la pequeña torre de fiambreras en la otra. Contesta con una respetuosa inclinación de cabeza

al saludo de algún cómico o cómica. Evarista solo tiene ojos para ese camerino al fondo del pasillo, donde están sus niñas. La puerta del camerino está abierta y sus niñas la ven acercarse. Sus niñas son Natividad (Nati), Guadalupe (Guadita), Mercedes (Mer) y Matilde (Mati).

Evarista hace repetidamente un gesto afirmativo con la cabeza y las niñas se alborozan y hasta baten palmas. Por fin, Evarista llega al camerino, entra y cierra la puerta.

—Buenas noches, señora.

La señora es doña Catalina Sampedro, la madre de las niñas. Está sentada en el centro del pequeño camerino y tiene cara de pocos amigos. Se levanta y pregunta:

—¿Traes algo?

—¡Hoy sí, doña Catalina, hoy sí! El señor me ha dado algún dinero y hoy sí hay cena. ¡Mirad, niñas! Unas tortillitas a la francesa y chuletitas con tomate, pan, algo de fruta...

La alegría de las niñas es total, aunque reprimida un tanto por Nati: nadie debe enterarse de lo que pasa en el camerino de las Muñoz Sampedro. El mal humor de doña Catalina ha ido creciendo sordamente. Una tormenta a punto de estallar.

—O sea que hoy sí... ¿A ver?

Evarista va destapando las fiambreras ante el jubiloso pasmo de las niñas.

—¡Tortillitas a la francesa! ¡Chuletitas con tomate...! ¡El señor ha traído dinero...! Pues esto es lo que hago yo con las tortillitas y las chuletitas y el tomate...

Y, acto seguido, mete sus manos en las fiambreras y tira por los aires la cena de las Muñoz Sampedro. Las niñas, entre sollozos y ayes lastimeros, intentan recuperar alguno de esos manjares que vuelan, suben y caen.

Esta escena me la contó mi madre, Matilde. Mati, igual que Guadita, se la contó a sus hijos Manolito y Luchi, mis primos, y Mercedes a su hija Carmen Lozano, mi prima. Pertenece a la particular saga de las Muñoz Sampedro.

La explosión de cólera de mi abuela Catalina, aunque exagerada, era totalmente lógica. Eran ya muchas noches de disimular ante los otros cómicos del teatro. Muchos viajes de Evarista sin traer nada de cena, disimulando, en el camerino, con la puerta cerrada, por mor del «qué dirán».

Siempre, todos nosotros, pensamos que la abuela Catalina Sampedro tenía razón. Y en esta particular situación, ¿quién era el «malo» de la película? Pues el marido de Catalina Sampedro, mi abuelo Miguel Muñoz Sanjuán.

Natural de Castillo de Garci-Muñoz en las tierras de Jorge Manrique, era un excelente tapicero. De niño me asombraba verle meterse un gran puñado de tachuelas en la boca, no tragarse ninguna e ir clavándolas una a una en la tapicería que estaba reparando.

Andando el tiempo fue propietario con otro socio de una pequeña tienda de antigüedades, en la calle del Prado en Madrid, codeándose con los más acreditados anticuarios.

Era un hombre recio y bueno, pero con un vicio que le llevó a la ruina más absoluta. ¿El juego, el alcohol, las mujeres? No. La bicicleta.

Adoraba montar en bicicleta y llegó a ser presidente de la Asociación Velocipédica Madrileña. Hay una foto maravillosa del abuelo Miguel, con su gran mostacho, vestido con un elegante traje de pana que le llega hasta las rodillas, caballero en una bicicleta de carreras toda adornada —manillar, caballete, ruedas y pedales— con pequeñas flores.

Así que don Miguel, muchos días, fuesen o no fiesta, cogía su bicicleta, una bota de buen vino, vituallas abundantes —un jamón, decía la abuela Catalina— y se iba con sus amigos por caminos y veredas de los alrededores de Madrid, abandonando su pequeño negocio a los buenos cuidados de su socio. Y así, andando el tiempo, se quedó sin nada: sin tienda de antigüedades, sin dinero y sin bicicleta.

1927

Mi madrina —yo la llamaba «padrina»— se estaba muriendo. Era la actriz Mercedes Sampedro, hermana de mi abuela Catalina y de mis tías Juanita e Isabel.

Yo aún la recuerdo vagamente en el escenario del teatro Infanta Isabel de Madrid. El decorado era el interior de un refugio de montaña, en la Sierra, pienso yo, porque ella iba vestida de esquiadora. (No sería muy difícil con estos datos dar con la obra en cuestión; yo nunca tuve ocasión de hacerlo).

Mi segundo recuerdo es ese que he empezado a contar. Juanita e Isabel me llevaron a verla. Estaba en la cama y tenía un aspecto muy fatigado. Debí de contarle algo y ella me sonrió y me hizo una leve carantoña. En el tercer recuerdo, ya no me dejan entrar en su habitación y veo solo luces parpadeantes detrás de los cristales esmerilados.

Mi padrino, el marido de tía Mercedes, se llamaba Rafael Acebal y años después se casó con doña Fabia, también viuda, propietaria y empresaria del teatro Infanta Isabel, donde después, muchos años después, cuando lo regentaba su hijo Arturito Serrano, trabajarían papá y mamá.

Si hablo de la tía Mercedes es para decir que ella encontró la única solución posible a la ruina del «ciclista» Miguel Muñoz. Las niñas, Nati, Guadita, Mercedes y Matilde, tenían que ponerse a trabajar. ¿En qué? Nati tenía que terminar cuanto antes su carrera de piano y ponerse enseguida a dar clases. Mercedes y Matilde eran aún muy chicas. Solo quedaba Guadita, que sí tenía gusto, vocación y, según tía Mercedes, cierto talento para el teatro. De este modo, Guadalupe Muñoz Sampedro, Guadita, entró en el Coliseo Imperial.

El teatro desapareció ya hace muchos años y aún hoy tengo versiones contradictorias sobre su ubicación exacta¹. Por lo que he podido colegir, era un teatro de «sesión continua», que funcionaba desde últimas horas de la mañana —función «aperitivo»— hasta el horario normal de cualquier teatro profesional. Es decir, que se representaban piezas cortas de un acto, primero por grupos de aficionados, y según avanzaba el día las obras aún breves debían tener más enjundia y los actores y actrices un puesto más arriba en la categoría de aficionados, hasta llegar a las funciones de tarde y noche, donde ya todos los cómicos eran profesionales. Allí pues nació para el teatro Guadita, y años más tarde, Mercedes y mamá, Matilde.

1996

Gracias a los buenos oficios de Esperanza Aguirre², espoleada por Enrique Herreros, y sostenida por José Antonio Gómez Angulo, el excelentísimo Ayuntamiento de Madrid, gobernado por el Partido Popular, decidió colocar una placa conmemorativa en el portal número 40 de la calle Valverde de Madrid. El texto de la placa dice: «En esta casa vivieron desde principios del siglo xx las actrices Guadalupe, Matilde y Mercedes Muñoz Sampredo, casadas las primeras con los actores Manuel Soto y Rafael Bardem».

Hubo que cambiar el orden de aparición en escena de mamá y la tía Mercedes para mencionar de seguido el nombre del tío Manolo y de papá. El marido de la tía Mercedes, Luis Lozano, no era «cómico».

Un estradillo, macero y banda de música del Ayuntamiento. Cargos oficiales; familia y amigos, muchos amigos. Y yo, como patriarca de la familia, descubriendo la placa en cuestión. Esperanza Aguirre no pudo asistir, ni el alcalde tampoco. Sí estuvo José Antonio Gómez Angulo.

O sea, que a mis 74 años descubría una placa en casa de mi abuela, la casa donde yo había nacido el 2 de junio de 1922. El «rojo» y la placa del Partido Popular. ¡Qué cosas!, como diría mi querido Eduardo Haro Tecglen.

¹ El Coliseo Imperial fue un modesto local de espectáculos, situado en la calle de la Concepción Jerónima de Madrid. En 1905 se inauguró en él el primer cinematógrafo de la capital. El local fue reformado por Enrique Pfitz en 1916 y derruido hacia finales de los años veinte. A lo largo de su discreta existencia ofreció espectáculos y eventos muy variados, aunque en algunos períodos se limitó a programar en el mismo día una película y un número de variedades. Su existencia se recuerda mejor como sala de teatro para compañías de comedias. En ellas trabajaron actores veteranos como José Castilla, Juana y Manuel Espejo o Matilde Moreno, y se formaron futuras actrices como Matilde Asquerino, Ana Siria, María Cañete, María Cuevas y Guadalupe Muñoz Sampredo, que sobre sus tablas conoció al que luego sería su esposo: Manuel Soto [*N. del ed.*].

² Desde marzo de 1996, Esperanza Aguirre era la ministra de Educación y Cultura en el gobierno del PP presidido por José María Aznar [*N. del ed.*].

Vino a saludarme la concejala del Distrito Centro, María Antonia Suárez, y me aseguró que nos conocíamos y que ella había trabajado conmigo. ¿Conmigo? Enseguida los maravillosos mecanismos de la memoria funcionaron: claro, ella era una de las tres chicas que yo elegí en Logroño durante el rodaje de mi *Calle Mayor*. Son esas tres amigas de Isabel (Betsy Blair), amigas mal intencionadas, que abordan ese primer paseo de Isabel y Juan (José Suárez) cuando inauguran «oficialmente» su noviazgo. Un larguísimo *travelling* bajo los soportales que empieza en ese encuentro y termina con las monjitas del colegio de Isabel, y esa joven colegiala, que masca chicle hinchable y exige un donativo para el Domund haciendo sonar la hucha.

1922

Buenos Aires. Diciembre. Papá y mamá están en la Compañía de Comedias de Ernesto Vilches e Irene López Heredia. Mamá, damita joven e ingenua. Papá, galán, primer actor. Alta comedia. *La importancia de llamarse Ernesto*, *El abanico de Lady Windermere*, etc.

Mamá es muy joven y preciosa. Yo tengo seis meses. Mamá tiene que actuar, ensayar y criarme a mí. Demasiada tarea. Y entonces, se produce el milagro. Aparece la Tata, Salvadora Freixas Badía, viuda del maestro Ayguadé³. Su marido acaba de morir y Salvadora Freixas se ha quedado sola y sin dinero en Buenos Aires. Busca trabajo. Se ofrece para cuidarme a mí. A partir de ese momento será mi Tata y poquito a poco será la Tata de todos, de papá y de mamá. Será un miembro más de la familia, y el dinero que haya será también el suyo y lo administrará ella. Vivirá y morirá con nosotros y la amaremos y respetaremos como si fuese nuestra madre común.

1937

Estamos ahora refugiados (la Tata, la chica Leo, mi hermana Pili y yo) desde noviembre del año pasado en casa de mi tío Fernando Bardem, de mi tía Mercedes Faust, de mis primas Conchita y Magda. Calle Mallorca, núm. 196, 1.º 1.ª, Barcelona.

El sobrino de la Tata, Juan Freixas, viene a despedirse. (Los Freixas son artesanos que trabajan el hierro y hacen adornos en ese metal: una rosa negra a la que no le falta ni un pétalo ni una espina, por ejemplo).

Juan Freixas lleva el nuevo uniforme de invierno del incipiente Ejército de la República Española. Una estrella roja de cinco puntas en el gorro pasamontañas y un brazaletes rojo en el brazo derecho. Es comisario político. Se va al frente.

³ El maestro Ayguadé había sido el director de orquesta de la famosa Compañía de Zarzuela de Emilio Sagi-Barba, en la que había sido primer violín el maestro Guerrero. El autor del libro lo cuenta más adelante, en el epígrafe dedicado al año 1926 [*N. del ed.*].

Fue una despedida total. Murió en algún lugar de la tierra española. (Yo, camarada, te saludo hoy, emocionado).

1927

El primer piso propio que pudieron alquilar mis padres, los «cómicos» Rafael Bardem y Matilde Muñoz Sampedro, estaba en la calle Jorge Juan, núm. 42, esquina a la calle Castelló de Madrid. Lo pudieron hacer porque la compañía de repertorio en la que trabajaban hacía una temporada de al menos seis meses en Madrid.

Era un entresuelo y debajo había una vaquería. Hasta nuestro piso subía el efluvio del establo y el mugido de las vacas. Yo ya iba al colegio, un colegio de los escolapios del cual no recuerdo nada, salvo la protección de un fraile que me regaló un rosario de cuentas gruesas y rojas. No aprendí a leer, pero en cambio mi caligrafía era buena cuando copiaba las letras del alfabeto, quizá por un cierto gusto por el dibujo que nunca me ha abandonado. Sin embargo, sí teníamos que memorizar algunos temas de geografía, por ejemplo. Mamá se sentaba conmigo y me tomaba la lección:

El Ebro nace en Fontibre
muy cerca de Peñalabra;
sigue su curso al oeste
y el Gállego se le abraza...

Mamá me corregía:

—El Gallego, niño. El Gallego.

Yo juraba y perjuraba que el fraile había dicho Gállego y no daba mi brazo a torcer. Todo terminaba en lágrimas y regañina.

¡Pobre, querida mamá! Tenía una base cultural muy leve, seguramente porque siendo, con mucho, la más pequeña de las Muñoz Sampedro, la época de las «vacas flacas» de la familia le impidió acceder a un nivel educativo más alto, lo cual no fue el caso de Nati, profesora de piano, ni el de Guadita o Mercedes. Y siendo la más pequeña, fue la que murió antes. Murió a los 70 años, nueve menos de los que yo tengo ahora.

¡Querida mamá! Resulta que físicamente yo soy igual que ella era. Los Bardem son todos rubios y de ojos azules, y a mí me habría gustado mucho parecerme a don Rafael. Pero no. Mi mujer dice que ya de mayor, con el pelo cano y en chancletas, soy igual que doña Matilde.

De ese piso de la calle Jorge Juan recuerdo dos o tres cosas.

Por ejemplo: teníamos un canario flauta que un día apareció muerto en el suelo de su jaula. La Tata y yo lo enterramos en el alcorque de un árbol de la calle Castelló. La muerte es para mí ese pajarito muerto.

Para demostrar que mamá siempre fue una mujer de enorme ingenuidad recuerdo que ella iba a comprar a una carnicería de Castelló casi esquina Alcalá. El carnicero tenía un rostro sonrosado y atendía a mamá con cariño y simpatía. Mamá me hacía comer muchas criadillas. Llegaba a la carnicería y pedía «tetitas de cordero»: allí estaban, colgadas de un garfio reluciente. Pero un buen día, el carnicero se hartó del repetido error de mamá y la espetó:

—¡Doña Matilde! ¡Son cojones!

¡Querida mamá! A veces te he comparado con otras madres y has salido perdiendo. Por ejemplo: me habría gustado que hubieras sido como la señora Selgas, la mujer de mi amigo Selgas, cuando ambos teníamos 14 años. Mrs. Selgas era una dama norteamericana, siempre afable, cariñosa y deferente conmigo. Siempre com puesta y sobriamente arreglada en el *living-room* de su casa y siempre leyendo un libro. O como Mrs. Plauché presidiendo la mesa de toda su numerosa familia yanqui, en San Sebastián, en 1938. La doncella me traía la fuente para que yo me sirviese. Yo no sabía hacerlo, nunca lo había hecho. Y ella me ayudaba.

Tú eras de otra manera. Eras todo amor para todos los tuyos, para tu marido, para mí, para las dos Pili, «Pili» la del cielo y Pilar. Para tus nietos. Fuiste a Las Palmas para asistir al nacimiento de Javier, para contemplar el desastre del matrimonio de Pilar con ese iluso de Encinas, y ya cuando volviste a Madrid, venías con la muerte en el alma.

Te moriste en esa tu gran cama de matrimonio en brazos de María y en mis brazos. Yo intenté volverte a la vida haciéndote la respiración boca a boca pero no conseguí nada. ¡Perdóname!

Por último diré que en el punto «antihomólogo» de nuestra casa (el que sepa algo de matemáticas me entenderá) estuvo desde 1939 hasta su desaparición el Sindicato Nacional del Espectáculo.

Pero de esa cueva de franquistas-fascistas, de los Casanova, Blanco, Hernández Navarro, Villalba, Urrutia, Yagüe Sebares, Jato, Jordana de Pozas, Farré de Calzadilla, Ballesteros, Jaime Capmany, etc., y de las horas de mi vida que yo consumí allí, habrá ocasión de hablar más adelante. De esa ristra de nombres he excluido deliberadamente a Antonio Cuevas y a Juan José Rosón, por razones que más tarde veremos.

1935

Resulta que ese verano la economía familiar no nos permitía acompañar a papá y mamá, que en la Compañía Carmen Díaz iban a hacer, como siempre, la temporada de verano: La Coruña, Gijón, Oviedo, Santander y San Sebastián. Ese verano la Tata, Pili y yo nos hospedaríamos en casa del hermano de Leo, llamado Arsenio, herrador, en Cardeñosa, provincia de Ávila.

Leo era una chica servicial y afable, encariñada con todos nosotros. No tenía nariz. No es que fuese chata; es que su nariz estaba como sumergida en su rostro, no por una tara de nacimiento sino por la coza de una mula cuando era niña.

Su hermano Arsenio tenía un pie ortopédico y era el herrador de Cardenosa y de varios pueblos alrededor. En el porche herraba caballos, mulas, asnos, vacas y bueyes. La casa, claro, no disponía de retrete ni cosa parecida y uno tenía que hacer sus cosas en el corral, entre las gallinas y algún que otro cerdo.

En la casa también se alojaba, temporalmente, la maestra de la escuela y su sobrina, una chica preciosa de mi edad, 13 años.

Papá y mamá vinieron un par de días de visita, cuando ya estuvimos instalados, y todo les pareció muy sano y pintoresco: montar en burro, ir a pescar, nadar en el río Adaja. Lo que no soportaba mamá era lo del corral: decía que las gallinas le tenían manía y querían picotearle sus posaderas. Tampoco soportaba las moscas, millones de moscas, gordas y relucientes, que eran las verdaderas dueñas de la casa.

Papá y mamá, pues, llegaron y se fueron. Yo les supliqué hasta el último minuto pero fueron inflexibles. Así que me quedé sin ir a San Sebastián y sin poder ver a mi amadísima María-Rosa. ¡Qué desesperación! Bueno, tuve que conformarme y adaptarme.

La maestra me solicitó ir un buen día a la escuela e «impartir» una clase. Nada menos que un chico de Madrid con el 3.º de bachillerato aprobado y alumno del colegio del Pilar. Lo hice. Esa debió de ser la primera «conferencia» que he dado en mi vida.

Me fui haciendo algunos amigos en el pueblo. Salíamos a cazar pájaros con liga. Sobre un somero curso de agua, casi a ras del suelo, se cruza una paja larga o un junquillo untado con liga. Si algún pajarillo tiene la desgracia de posarse allí para beber, está perdido. La liga habrá pringado sus alas y no podrá levantar el vuelo. Entonces, surgirá el cazador —o sea, yo—, cogerá con su mano ese pequeño montón de plumas palpitantes y lo lanzará con fuerza contra el suelo. Ya tendrá un pájaro muerto. ¡Qué salvajada! (Quizá sea por eso por lo que yo no he cazado en mi vida. Miento: una vez me hicieron darle una perdigonada a un conejo. Ya lo contaré. No he cazado nunca, ni me gusta la caza ni los cazadores. Matar para comer o vivir, lo entiendo. Matar a sangre fría a un animal, grande o pequeño, solo para divertirse me parece imperdonable).

Mi pequeña pandilla se juntó entonces con un joven del pueblo, seminarista en Ávila y que paraba en Cardenosa. Era un fornido mozalbeta de 17 o 18 años y nos llevó a espiar a las mozas que iban a coger agua con sus cántaros a una fuente que estaba en las afueras del pueblo.

El seminarista decía que se les veía el culo, pero yo, desde detrás de ese murete de piedras, no veía absolutamente nada.

El seminarista, entonces, se sacó su polla y se la empezó a menear. Yo estaba asombrado. No, jamás me había hecho una paja. Pues ya es hora, dijo el semina-

rista, y me invitó a imitarle. A mí la polla del seminarista me pareció enorme, sobre todo si la comparaba con la mía, de más modestas proporciones. La del seminarista parecía crecer y crecer, hincharse hasta que al final explotó y soltó un líquido espeso y blanco como la leche.

La señal inequívoca de que yo me había convertido en un indígena de Cardenosa fue una mañana que pasó por el pueblo un autocar con escolares de Madrid. Me acerqué a ellos con la pretensión de que me reconocieran como uno de los suyos, como un madrileño más. Pero ellos vieron solo a un chico pelado al cero, tostado por el sol y vestido y calzado como otro «cateto» más.

Sin embargo, recuerdo un momento delicioso. Yo tonteaba con la sobrina de la maestra y un día fuimos a la estación, quizás apeadero, correteando por allí. En un momento determinado, nos quedamos solos o nos dejaron solos. Entonces yo le pedí que fuera mi novia, ella dijo sí y sellamos nuestro compromiso con un beso. Mi primer beso de amor.

Y otro momento, realmente dramático para mí.

Debido a su pie ortopédico, Arsenio hacía sus visitas profesionales a los diversos pueblos del contorno de Cardenosa, caballero en una mula. Yo caminaba a su lado. Agosto en Castilla, sol, chicharras, soledad.

Un día se juntó a nosotros un buhonero, montado en un borrico. Enseguida el buhonero se interesó por saber quién era ese zagal que era yo. Arsenio se lo explicó: es el hijo mayor de los señores de Madrid en cuya casa sirve mi hermana Leo.

Entonces, el buhonero empezó a preguntarme mi nombre, los años que tenía, que si estudiaba y dónde, y qué quería ser yo de mayor. En realidad yo no lo sabía a ciencia cierta. Pero en casa el «desiderátum» de mis padres, sobre todo el de mamá, era que su niño diese el «salto cualitativo» imprescindible para pasar de la «trashumancia» de los cómicos a la estabilidad de la «pequeña burguesía» del funcionario del Estado. ¿Qué mejor que ser ingeniero?

Eso le contesté yo al buhonero: ingeniero.

El buhonero me miró de arriba abajo, meneó la cabeza y dijo con sorna:

—Tú lo que serás es un sinvergüenza.

Esa profecía del buhonero, dicha con esa definitiva rotundidad, me ha perseguido toda mi vida. Y durante toda mi vida he luchado denodadamente para que no se cumpliera.

1938

A finales del verano, mamá ya estaba embarazada de tres meses. Ese embarazo había remitido bastante el dolor por la muerte de mi hermana Pili. Estoy seguro de que ella soñaba con que naciese otra niña que pudiera sustituir a ese ángel rubio y de ojos azules que había sido Pili. Así que papá y mamá hicieron sus cálcu-

los. Papá estaba contratado en la flamante y nueva Compañía de Arturito Serrano, con Isabelita Garcés —naturalmente— y Rafael Rivelles como figuras. Hacia marzo recalarían en el teatro San Fernando de Sevilla. Por tanto mamá y yo nos fuimos a Sevilla; allí yo podría cursar el 7.º año del bachillerato y hacer el examen de Estado. Otra vez, ese larguísimo viaje a través de la España «nacional», aunque menos peligroso ahora: las líneas del frente se habían alejado mucho hacia el este, hacia Madrid. Pero los pasillos y los compartimentos seguían llenos de moros y soldados.

En Sevilla íbamos a vivir de pensión en casa de doña Antonia, en la calle Res, núm. 17. Doña Antonia era muy simpática, siempre vestida de negro con ropas holgadas, siempre en chancletas, y nunca pisaba la calle. Era gorda, viuda y andaluza (véase *Calle Mayor*). Tenía una sola hija, Pepita, «mocita», siempre muy pintada y maquillada, de una rotundidad corporal detonante. Era como el dibujo de una tía buenísima en cualquier vieja revista pornográfica.

La casa de doña Antonia era un entresuelo muy simple. Había un despacho estilo «remordimiento» atestado de copas de plata, trofeos del tiro de pichón. Mamá —y papá cuando viniese— disponía de una habitación grande, desnuda de muebles y con una gran cama de matrimonio muy baja. Mi cuarto era más chico y daba a la calle, pero para llegar hasta él tenía que atravesar un pequeño salón moruno en el que Pepita devoraba a su novio, a su prometido, cuando él estaba de permiso. Era un joven alto, rubio, flaco, teniente provisional de Franco, y siempre pensé que moriría por consunción ante la voracidad pasional de Pepita antes que en el frente por la «vesania» roja. La pensión nos daba derecho a cocina, pero mamá no la usaba demasiado; comíamos lo que la buena de doña Antonia nos hacía.

Ya he dicho que doña Antonia no salía de casa y hacía todas sus compras desde el balcón a los múltiples vendedores ambulantes que pasaban por la calle Res. Ella bajaba un cestillo atado a una cuerda y compraba lo que necesitaba. Me costó mucho interpretar los pregones de los vendedores que yo oía desde mi cuarto. ¿Qué podía ser «...ón»? Pues era, simplemente, carbón.

Por las noches, sobre el empedrado, resonaban las suelas claveteadas de las botas de los alemanes de la Luftwaffe que eran clientes de una exclusiva casa de putas, reservada solo para ellos, que estaba justo al lado de la casa de doña Antonia.

Muchos años después, cuando he vuelto a Sevilla, he hecho mi pequeño viaje sentimental por los diversos lugares que yo viví en la Sevilla de esos años. Doña Antonia, Pepita y el teniente han desaparecido. La casa de putas también. Ahora es la vivienda, residencia, palacio, o lo que sea, del papa Clemente. Eso me han asegurado.

Yo me matriculé en un colegio de curas que había en la Alameda de Hércules.

El director era un sacerdote grande, alto, fornido, de nariz abultada y roja y de bonete ladeado. Parecía una ilustración de *La Traca*⁴, aquella revistilla anticlerical y grosera de los años de la República.

Uno de los profesores, el que daba matemáticas, era un Arias Salgado. No sé por qué siempre he pensado que era como la «oveja negra» de la familia de esos prohombres del régimen.

Entre mis compañeros de clase debo señalar a Gregorio Alonso, siempre con uniforme blanco de marinero, seguramente «enchufado» en algún puesto inocuo. Pasados muchos años lo volví a encontrar, pero entonces ya era el marido de una grandísima actriz, mi querida Irene Gutiérrez Caba, desgraciadamente desaparecida. Recuerdo también, a causa de su apellido, a un tal Wesolowsky, un chico muy flaco y muy agradable. Andando el tiempo, en el Casino de Juego de Madrid, en Torrelodones, conocí a un hermano suyo, ludópata temporal, como yo. Creo que era funcionario del Ministerio de Cultura, en algo relacionado con el teatro.

Pero el momento fundamental de mi vida en Sevilla fue cuando me hice socio del Club Natación Sevilla (CNS). Y durante los meses que viví en Sevilla no hice otra cosa que nadar y nadar y aprender a jugar al waterpolo.

Mi sueño entonces era llegar a ser campeón de natación; mi estilo, el *crol*, el estilo libre. Mi distancia, el medio fondo, 200 y 400 metros.

Dos nombres a retener en el CNS: Pepín Cañete, que fue *recordman* de España en 50 metros. Luego fue aviador y murió en un accidente aéreo. José Cubiles, sobrino del gran pianista. Y Alberto Puig, un catalán del Club Natación Barcelona, «emboscado» en Sevilla, que nos enseñó a jugar al waterpolo y al mismo tiempo era nuestro entrenador. Las «estrellas» del CNS éramos, pues, Pepín, Cubiles y yo. Los tres participamos, cuando las fiestas de Triana, en la travesía del Guadalquivir, desde el puente de Triana hasta el de Tablada, me parece, unos 800 o 1.000 metros. (Ahora creo que han hecho un nuevo puente a mitad del recorrido, con motivo de la Expo de Sevilla, pozo excelso de corrupción del gobierno socialista andaluz). Así pues, desde los estribos del puente de Triana nos lanzamos a un Guadalquivir marrón claro, los tres del CNS, junto con decenas y decenas de aficionados trianeros. La técnica consistía en «esprintar» al inicio y escapar de esa masa de brazos y piernas que nos rodeaban por todas partes. Así lo hicimos y en-

⁴ *La Traca* fue una revista satírica creada en la ciudad de Valencia en 1884 y capitaneada por el periodista Vicent Miquel Carceller. En la etapa republicana, Carceller recuperó *La Traca*, en lengua castellana, animado por el éxito de *La Chala*, revista que seguía publicándose, en valenciano. En su muy exitoso primer número, *La Traca* consiguió vender más de 500.000 ejemplares. Su humor se hizo cruento y, sobre todo, más político, alineándose con el Frente Popular. La revista destacaba por su anticlericalismo, especialmente al estallar la Guerra Civil (una de sus secciones se llamaba «¿Qué haría usted con la gente de sotana?» y en ella se invitaba a los lectores a enviar soflamas anticlericales) [N. del ed.].

seguida dejamos atrás a nuestros contrincantes y pudimos nadar a nuestro ritmo. Llegamos por el orden natural de nuestras habilidades, Pepín Cañete, Pepe Cubiles y un servidor.

En la piscina del CNS nos juntábamos con otros amigos sevillanos, no tan apasionados por el deporte como nosotros. Gente simpática y dicharachera, sevillanos de nacimiento, pero que no respetaban los tópicos en boga: iban a las procesiones de Semana Santa no por devoción, que no la tenían en absoluto, sino para «poner un rabito» a las chicas de velo y mantilla, a hacer el gamberro con los coches de caballos, frenándolos por detrás. No eran chicos aficionados al vino o al flamenco. Lo que más les gustaba eran las películas y la música norteamericana.

Yo creo que entonces era un joven «guaperas», atlético, vestido siempre con un mono azul y unas alpargatas, el pelo rizado y tostado por el sol. La Guerra Civil era para nosotros en general, y para mí en particular, un ruido lejano y usual. Pienso ahora que las primeras líneas de *Le Diable au corps*, de Raymond Radiguet, fueron exactas para los jóvenes de 14 años —y alrededores— cuando la Gran Guerra y lo fueron también para los de mi generación en nuestra Guerra Civil: «unas largas vacaciones».

Mi único problema era mamá. A medida que pasaban los días, su embarazo se iba haciendo más aparatoso. Ella se aburría en casa de doña Antonia y quería siempre que yo la llevase al cine. Mamá tenía entonces 35 años, y yo, 17. Hacíamos una pareja extraña y estoy seguro de que nadie podría pensar que éramos madre e hijo.

Ir al cine significaba que para alcanzar nuestra localidad y para que mamá pudiese llegar a ella con su enorme barrigón, se tenía que levantar toda la fila. A mí me daba una vergüenza enorme; por eso, buscaba excusas y la mentía, diciendo que no había podido encontrar entradas. Pero mamá me ganaba por la mano muchas veces: ya las había sacado ella. Así que al cine.

Recuerdo que una vez, haciendo cola en la taquilla, apareció un hombre rechoncho, marroquí, vistiendo un uniforme de comandante de Regulares que se saltó la cola para sacar sus entradas. Un paisano, civil y mayor, le recriminó tímidamente su acción y entonces el tipo se volvió y le dio un fustazo en la cabeza. Luego me dijeron quién era: el hermano del jalifa.

Alguna que otra tarde iba yo solo al cine. Compraba mi entrada y me sumergía en ese mundo mágico de las películas. Ponían un corto de Laurel y Hardy o de Charlie Chase, no recuerdo bien, e hice un comentario en voz alta. Mi vecino de butaca apoyó ese comentario y se estableció un brevísimo diálogo entre los dos. Tuve la sensación de haber metido la pata. ¿Por qué? Descanso. Bar en el entresuelo. Se encendieron las luces. Mi vecino de butaca me pidió permiso para pasar. Yo también salí. ¿Un cigarrillo? Era un hombre joven, en la treintena, correctamente vestido de negro, camisa blanca, corbata negra. Encendimos los cigarrillos. Me

invitó a tomar algo en el bar; invitación que yo decliné. ¿Por qué intuía yo que ese tío era maricón y que intentaba ligarme? No había ninguna señal exterior en él que lo hiciese sospechoso. Volví a mi sitio. ¿Por qué tenía que cambiar de sitio? Se apagaron las luces y empezó la película; él regresó, se acomodó en su butaca. Había comprado una cajita de bombones y me ofreció. Yo acepté uno. No volvimos a hablar; pero yo estaba incómodo. Recuerdo muy poco de la película, norteamericana desde luego. Un melodrama. Sí recuerdo la frase de un personaje que hacía referencia al histerismo de la protagonista: «Los gritos son la manifestación exagerada de un pobre cerebro para poder expresarse».

Cuando terminó la película, salimos juntos del cine. Caminábamos hacia el centro. Este joven sevillano y enlutado tenía una rara habilidad para preguntar y sonsacar. Un hombre cultivado como él cómo no iba a saber quiénes eran Rafael Bardem y las Muñoz Sampetro.

Cuando ya estábamos a la altura del teatro San Fernando, se me ocurrió un truco para darle esquinazo y zafarme de él. Le dije que tenía que recoger en el teatro algo —una carta, un paquete— que me había enviado mi padre. Así que «el hombre vestido de negro» se quedó allí esperando mi vuelta. Yo entré en el teatro; me conocían y me dejaron pasar. Sabía cómo atravesar el patio de butacas y llegar al escenario. De allí, atravesando la puerta de «Entrada de Escenario» o «Entrada de Artistas», a una calle lateral y de allí a casa, respirando hondo. Nunca más volví a ver al «hombre de negro» (este fue después el título de un guion de cine que escribimos Luis García Berlanga y yo, allá por 1949 o 1950, y cuyo original y copias han desaparecido).

Por fin llegó a Sevilla la Compañía del Infanta Isabel de Madrid, su empresario Arturito Serrano, la primera actriz Isabelita Garcés, la «estrella» Rafael Rivelles, papá, la guapa Laura Alcoriza, la «segunda» y su marido el jefe maquinista. Hacían un drama poético en verso, titulado *Cui-Ping-Sing* (1938), cuyo autor era Agustín de Foxá. Para mí un buen poeta, falangista de primera hora, coautor del himno de FE y de las JONS «Cara al Sol», autor de la mejor novela de la guerra civil en Madrid, vista desde la óptica de los «señoritos» de la pequeña burguesía. La primera mitad es para mí excelente; la segunda parte, deleznable. (Hay también una estupenda novela sobre ese mismo argumento en esa misma ciudad, un relato visto desde la óptica de la «clase obrera»: *Los gallos de la aurora*⁵, de mi difunto y querido camarada Federico Melchor, que yo tuve el honor de presentar en el Ateneo de Madrid).

⁵ Hay una edición en México (Juan Pablos editor), en 1995 [N. del ed.].

Decía que Foxá, conde de Foxá, fue un gran poeta. «Las seis muchachas en el mirador, las seis mujeres de maridos ricos...» está en la base de mi guion *Calle Mayor*, junto con *Doña Rosita la soltera*, de Federico García Lorca.

En ese poema dramático que es *Cui-Ping-Sing* hay momentos muy bellos. Papá hacía de emperador de la China, y Rivelles, de su primer ministro Hoang-Ti. Hoang-Ti traiciona a su emperador y huye con su amada Cui-Ping-Sing escondiéndose en el último rincón del Imperio. El emperador lo encuentra al fin, y al preguntarle en qué ocupa sus días, Hoang-Ti responde: «Beso y escribo libros».

Sustituyendo en mi caso «libros» por «películas», me parece una fórmula magistral para intentar hallar la felicidad. (Véase mi película *Resultado final*, 1998, en la que menciono esta cita). Con Agustín de Foxá me pasa algo parecido a lo que me ocurre con Edgar Neville. ¿Cómo era posible que espíritus tan abiertos, tan liberales, tan cosmopolitas, tan civilizados, pudieran acomodarse en el bando franquista, ultracatólico, dictatorial, destructor de la cultura española floreciente en los últimos años de la República? No tengo más que una interpretación «clásica»: antes que ser aplastados por el comunismo, por el *rot-front*, por el imperialismo soviético, buscaron el abrigo del único defensor de la «civilización cristiana y occidental», el generalísimo Francisco Franco Bahamonde.

En los camerinos del teatro San Fernando de Sevilla conocí a una joven preciosa, liberada, despierta y despampanante: Amparito Rivelles Ladrón de Guevara. Me dejó impresionado.

Por fin, el 14 de marzo de 1939, mamá empezó a parir. Apareció una comadrona, toda vestida de negro, con peineta y velo. Mamá se horrorizó. Luego, después de quitarse el velo, la peineta, lavarse las manos y ponerse un mandil blanco, la cosa empezó a ir mejor. Ya mencioné que la cama de matrimonio donde mamá empezaba sus labores de parto era muy baja. Papá se acercó solícito para cuidar y ayudar a su Matildita, con caricias y tiernas palabras, y entonces mamá le trincó por el cuello. Quiero decir que en las últimas contracciones del parto mamá hizo palanca con el cuello de don Rafael, con lo cual el pobre tuvo una participación realmente activa en el nacimiento de esa niña que salió a la luz de Sevilla.

Al día siguiente, o esa misma tarde, no recuerdo bien, fui a visitar a papá al teatro. Estaba sentado en una silla, arropado con esos bellos trajes diseñados por Emilio Burgos. El emperador de China estaba absolutamente derrengado y molido: no en vano él también había parido a mi hermana.

El 1 de abril de 1939, en Sevilla, fue bautizada mi hermana María del Pilar Matilde Victoria Bardem Muñoz. Ese mismo día el «galán de los galanes», el «pico de oro», Fernando Fernández de Córdoba, leía el parte de guerra final: «En el día de hoy, vencido y desarmado el ejército rojo, las tropas nacionales han alcanzado todos sus objetivos. La guerra ha terminado».

Empezaba el primer Año Triunfal.

La casa de la abuela en la calle Valverde, núm. 40, era para mí un lugar mágico. Allí nació yo. De allí había salido mamá para casarse con mi padre Rafael Bardem⁶.

En realidad, las mujeres han sido las dominantes en mi familia.

La casa de la abuela era la casa de mis abuelos Miguel Muñoz y Catalina Sampedro. Allí vivía entonces el matrimonio Manuel Soto y Guadalupe Muñoz Sampedro. La tía Nati ya se había casado con un farmacéutico que trabajaba en la farmacia Villegas, en la calle de Alcalá. Años más tarde este hombre se suicidó rebanándose el cuello. Parece ser que se había equivocado gravemente en la confección de una receta. La tía Mercedes se había casado con Luis Lozano, un empleado de los ferrocarriles MZA, y vivía cerca de la estación de Atocha.

Así que en la casa de la abuela estaban, aparte de los abuelos, mis tíos Manolo y Guadita, sus hijos Manolito (14 años) y Luchi (10 años), una hermana del tío Manolo, mallorquina como él, y las criadas, sobre todo Benigna, que era igual que la mascarilla de Ludwig van Beethoven.

Decía que la casa de la abuela era un lugar mágico: una casa enorme. La fachada delantera daba a la calle Valverde y la trasera se abría sobre un solar que daba a la calle Hortaleza. Una casa enorme, de altos techos, donde uno descubría en cada visita nuevas habitaciones.

La parte delantera, la parte noble digamos, la ocupaba, además de un vasto recibidor, un salón enorme donde estaba el comedor de gala. Después, el despacho del tío Manolo y la gran alcoba del matrimonio.

Después había un pasillo que encuadraba un patio, acristalado, y alrededor de él muchas habitaciones, grandes y pequeñas, un entrante enorme donde estaba el comedor de diario, la enorme cocina, baños, servicios. Allí se ubicaban los abuelos —siempre habitaciones separadas—, los primos Manolito y Luchi, las chachas, las visitas. Allí cabía todo el mundo y más.

A la abuela Catalina siempre la recuerdo sentada en una buena silla de enea, con un bastón. Tenía un cutis blanco y suave, que ya empezaba a arrugarse, y peinada siempre con un moño alto. Era una mujer de pocas palabras y mirada profunda. Había sido muy fértil y había parido muchas veces, pero todas las crías se habían malogrado, salvo las cuatro de la fama: Nati, Guadita, Mer y Mati. En uno de esos últimos partos, un mal uso de un fórceps le había perforado la vejiga y ella taponaba

⁶ Pueden ver fotos de esa boda y de toda la familia en las paredes y en los menús de ese lugar maravilloso que se llama La Bardemcilla, que crea, inventa, decora y regenta mi sobrina, la excelente actriz, ocurrente escritora y eminente restauradora, Mónica Bardem.

[El restaurante La Bardemcilla cerró sus puertas definitivamente en el año 2013, *N. del ed.*].

ese escape de su orina con toallas y paños, que cambiaba constantemente. En ese sentido la pobre abuela, tan limpia como «los chorros del oro», no podía hacer una vida normal. De hecho, tengo la impresión de que no salía jamás a la calle.

La costumbre era que una vez a la semana yo fuese a comer a casa de la abuela; cuando era chico, acompañado por la Tata, y cuando fui algo mayor y consintieron mis padres, yo solo.

Manuel Soto y Guadalupe Muñoz Sampedro siempre fueron unos «cómicos» ricos. Ahora el tío Manolo era el primer actor de la Compañía de doña Lola Membrives. Era un hombre con una bonita cabeza que ya empezaba a ser blanca, una hermosa voz, quizás algo engolada para mi gusto. Llevaba lentes, y visto con mis ojos de hoy, más que un actor parecía un próspero ejecutivo de una gran empresa.

Guadalupe Muñoz Sampedro ya era famosa entonces. Había tenido un éxito memorable haciendo la Gitana de *Cancionera* de los hermanos Quintero. Primero se sintió ofendida cuando le repartieron ese papel y se negó a hacerlo. Le pareció un insulto que ella, una «señorita», tuviese que hacer de gitana piojosa. Luego la convencieron y aceptó. Estudió su papel a conciencia, vistió ella misma al personaje comprando ropas *ad hoc* en el Rastro, observó a las gitanas, sus modos de hablar, sus tics, su modo de plantarse o caminar. Se dio cuenta, por ejemplo, de que las gitanas pedigüeñas, aun sin llevar a cuestras un churumbel, caminan de lado, por la inercia de haberlos llevado tanto tiempo y tantas veces. La composición de su Gitana de *Cancionera* fue aplaudida y celebrada por el público, por la crítica, por todo el mundo. Era el primer escalón de su justa fama posterior.

La tía Guadita tenía la manía de diminutivizarlo todo: nombres, personas, cosas: Manolito, Luchita, Matildita, Mercedesitas, Rafita. El mío era más difícil: Juanantonín. Era su forma de hacerlo todo más pequeño, le quitaba algo de punta a su mordacidad, malevolencia a sus críticas, importancia a sus chismes.

De esa época solo tengo un pequeño mal recuerdo. En una de esas comidas de casa de la abuela, mi prima Luchi me mencionó como «el primo pobre». Fue severamente reconvenida por el tío Manolo, pero la Tata se enfadó muchísimo, me defendió y defendió a los Bardem, a su familia, a ultranza y en un tris estuvo de levantarse de la mesa y salir conmigo de esa casa.

1947

En julio ardieron los laboratorios cinematográficos Madrid Films, S. A., sitos en la calle Diego de León de Madrid⁷. No quedó prácticamente nada. Entonces todavía había mucho material positivo o negativo sobre soporte de nitrato de ce-

⁷ En realidad, los laboratorios Madrid Films ardieron el 1 de agosto de 1950. Bardem se confundió aquí de año. De la misma forma, tampoco pudo conocer a Ricardo Muñoz Suay en esa fecha,

lulosa altamente inflamable. Hubo bastantes curiosos contemplando ese incendio y los trabajos de extinción. Yo era uno de ellos. Había ya terminado el primer año de estudios en el Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas (IIEC). En el incendio hubo solo una víctima mortal: mi compañero de curso Pérez Oviedo, teniente del Ejército, loco por el cine. Esa locura la empleó para entrar en los laboratorios intentando salvar lo que pudiese de un documental en 16 milímetros que estaba realizando. Murió en el intento. Un recuerdo respetuoso desde aquí para un cineasta aún *amateur* que quiso rescatar de las llamas las imágenes de su sueño.

Los curiosos que estábamos allí a veces comentábamos algo en voz alta, y de ese modo yo entablé conversación con uno de los allí presentes. Era un hombre de mi edad, más o menos, más bajo que yo, calvo y con bigote. Valenciano y aficionado al cine. Se presentó y dijo ser Ricardo Muñoz Suay. Teníamos amigos comunes, como ese otro valenciano, compañero mío de curso, Luis García Berlanga Martí.

Cuando el espectáculo del fuego terminó y solo quedaban los restos humeantes de Madrid Films, S. A., el equipo de curiosos se disolvió.

Ricardo y yo bajamos calle Castelló abajo. Yo iba hacia mi casa y él buscaba una boca de metro. La más conveniente era la de General Mola, antes Príncipe de Vergara.

En el transcurso de esa caminata yo supe leer inmediatamente entre líneas, ambos supimos hacerlo y nos dimos cuenta de la realidad: estábamos en la misma trinchera. Éramos dos comunistas que se habían encontrado por azar.

Me invitó a ir a su casa y allí fui uno o dos días después. Vivía en un bajo de la calle Joaquín María López. Me presentó a su compañera Nieves Arrazola, también de familia comunista. Una pizpireta madrileña que me hizo pensar exactamente en el personaje «la Nardo» de Edgar Neville. Con ellos vivía también la hija de Nieves, Elena, que debía de tener entonces unos 10 años. Era hija de Nieves y de su marido, un tal Manuel Tuñón de Lara. (Yo entonces no tenía noticia alguna de quién era). El viento de la guerra separó a Nieves y Manolo y juntó a Nieves y Ricardo. Vivían muy modestamente; Nieves cosía «para fuera» y Ricardo debía recibir ayuda de su familia valenciana. Yo aún no sabía que Ricardo era hijo de un

como dice más adelante, porque en ese momento este último estaba en la cárcel. Esteve Riambau, en su biografía de Ricardo Muñoz Suay, sitúa el encuentro «a finales de 1949 o principios de 1950» (*Ricardo Muñoz Suay. Una vida en sombras*, Barcelona, Tusquets / IVAC. Institut Valencià de Cinematografia Ricardo Muñoz Suay, 2007, pág. 162). De ocurrir el encuentro frente al incendio de los laboratorios, entonces habría que situarlo en agosto de 1950. Tampoco es cierto que hubiera una única víctima mortal: también falleció como consecuencia del incendio Juan Marrón Revilla, «uno de los más antiguos trabajadores» del laboratorio, como cuenta Enrique Blanco en una carta personal dirigida a Bardem el 4 de marzo de 2002, para corregir algunas erratas del libro [*N. del ed.*].

famoso y rico radiólogo de Valencia, que tenía su consulta en la céntrica calle de la Paz.

Me sorprendió muy gratamente ver la nutrida biblioteca de Ricardo, que era muy puntilloso y exigente en eso de prestar libros.

En cualquier caso, el incendio de los laboratorios Madrid Films, S. A., propició mi encuentro con Ricardo. Para bien y para mal, nuestras vidas han corrido en paralelo hasta que terminó con su desaparición física en 1998. ¿Terminó? Me temo que no y que volverá a surgir en estas memorias mías muchas veces.

1934

Manuel Soto Muñoz, hijo de Manuel Soto y Guadalupe Muñoz Sampedro. Mi primo hermano.

Era ocho años mayor que yo, un chico moreno y guapo de frente despejada y de una simpatía arrolladora. En esta época —y alrededores— era mi ídolo, y a lo más que yo me atrevía a esperar era a parecerme a él. Ahora recuerdo las payasadas que nos hizo Manolito para que no prestásemos atención a los quejidos de mamá pariendo a mi hermana Pili, cuando vivíamos, ya desde 1929, en la calle Lope de Rueda, núm. 29, principal derecha. Su audiencia entonces éramos yo y Danielito Pozanco, hijo de Daniel y Otilia Pozanco, unos cómicos compañeros de mis padres en la Compañía de Carmen Díaz. Otilia auxiliaba, con la comadrona, a mamá en su parto. Mamá tuvo siempre adoración por Manolito. Como veía que mis notas en matemáticas no eran buenas, contrató a Manolito para darme clases particulares de esa materia.

Manolito ya había terminado el bachillerato y estaba preparando el examen de ingreso en la Escuela Especial de Ingenieros Agrónomos (es curioso —o trágico, según se mire— que Manolito intentara sin éxito hacer lo que después yo sí he podido realizar: ser ingeniero, ser cineasta, ser feliz con mi mujer, tener hijos varones, vivir. Vivir hasta hoy mismo). Así pues, Manolito se presentaba puntualmente en casa, a la hora y días acordados. Traía consigo una pequeña libreta de tapas de hule con problemas de matemáticas que yo tenía que resolver. Pero, de pronto, alguna tarde, daba por terminada la clase mucho antes de la hora prevista, cerraba la libreta y decía: «Hoy te invito al cine». Porque el cine era otra de sus pasiones, y esa pasión me la transmitía a mí. No sé por qué siempre acabábamos en el cine Callao.

Es difícil ahora poder transmitir al que tenga la curiosidad de leerme lo que fue para mí ver en su original versión inglesa *Sucedió una noche* (*It Happened One Night*, 1934), de Frank Capra, con Clark Gable y Claudette Colbert, guion de Robert Riskin, con Robert Morgan, Edward Everett Horton y otros secundarios maravillosos. Los donuts, las murallas de Jericó, las piernas de la Colbert y su peculiar modo de hacer autostop...

Y otra de esas maravillosas tardes, en la que nos «fumábamos» la clase, me llevó a ver, también en el Callao, *Tres lanceros bengalíes* (*The Lives of a Bengal Lancer*, Henry Hathaway, 1935). ¡Madre mía! Gary Cooper, Franchot Tone, Aubrey Smith, Mirna Loy, sir Guy Standing... El Imperio Británico, el paso del noroeste, el islam, la chirimía, la cobra, la cacería del jabalí, los dedos destrozados por la tortura, el sacrificio del héroe...

¡Cómo no iba yo a amar a mi primo Manolo!

También, ese mismo año, o quizás ya en 1935, me llevó a nadar al Club Natación Atlético, que estaba en el Paseo de la Virgen del Puerto; luego, con la victoria de Franco, se llamó Onésimo Redondo.

Me hizo codearme con sus amigos. Allí vi y oí por primera vez el nombre de Carlos Piernaveja. El amigo más cercano de Manolo se llamaba Germán Álvarez Garcillán, un buen nadador de braza, que tenía una hermana preciosa con la que la tía Guadita quería «casar a Manolito». (Germán, muchos años después, en 1988, fue nuestro vecino en la calle Boix y Morer, núm. 2, y volverá a aparecer en estos recuerdos míos). Sin embargo, en esa charla al borde de la piscina, Germán dijo algo que se me quedó grabado para siempre: «A mí me gustan las cosas claras, concisas y precisas». No está mal como deseo.

Manuel Soto Muñoz, que quería ser ingeniero agrónomo, cineasta, nadador, autor teatral y tantas y tantas cosas, acabó siendo un funcionario de segunda fila del Banco de España. ¿Por qué? Intentaré responder a esa pregunta más adelante. Ahora solo quiero dejar constancia de mi amor por él.

1943

Desde hacía ya cuatro años, exactamente desde octubre de 1939, yo era alumno de la Academia Cibrián-Rodríguez, que se dedicaba exclusivamente a la preparación para el ingreso en la Escuela Especial de Ingenieros Agrónomos. Yo ya tenía aprobados todos los grupos anteriores y me quedaba el último y definitivo obstáculo: el 2.º Grupo de Matemáticas. Si las cosas iban normalmente, yo podía aprobar ese Grupo en los exámenes de junio. Si no, tenía otra oportunidad en septiembre.

Desde mi llegada a la academia, me había hecho amigo de varios compañeros canarios, básicamente de Manuel Bermejo Pérez y de Aurelio Domínguez. Vivían todos ellos, y otros canarios que estudiaban otras materias (medicina, caminos, etc.), en una pensión, situada detrás de los Jerónimos, en la calle Ruiz de Alarcón —para mí el barrio más hermoso de Madrid, menos «castizo», más «civilizado». La pensión se llamaba pensión Mejicana y yo los visitaba asiduamente. Total, no me costaba ningún esfuerzo: atravesar desde mi casa en Lope de Rueda el Parque del Retiro, siempre agradable. Me aficioné a ir allí, sobre todo porque

en los años del hambre canina de la posguerra uno encontraba que esos amigos canarios recibían desde el paraíso de sus islas paquetes postales de sus familias con cosas increíbles como gofio y galletas.

Allí, en la pensión Mejjcana, conocí a Cirilo Benítez Ayala y a su hermano pequeño Cristóbal. Ambos eran hijos de don Simón Benítez, ayudante de Obras Públicas en el puerto de Las Palmas. Cirilo estaba a punto de terminar la carrera de Ingeniero de Caminos —carrera que también estudiaba su hermano Cristóbal— y también iba a recibirse como licenciado en Ciencias Exactas. Era muy alto, con gafas y bigotillo a la moda, muy expresivo y muy cordial. Se interesaba por todo: arte, cine, literatura, política. Estaba suscrito a *New Republic*, entonces una revista yanqui muy radical, partidaria a ultranza de la última esperanza de un candidato «progresista» a la presidencia de Estados Unidos, Adlai Stevenson. La «guerra fría» estaba ya a punto de empezar.

Mis conocimientos de inglés, por un lado, y mi coincidencia básica en los principios fundamentales del marxismo contribuyeron a que la amistad entre Cirilo y yo se hiciese más sólida, fuerte y entrañable. Leíamos a J. B. S. Haldane, a Bertrand Russell, a Steinbeck, Faulkner, Huxley. Cirilo era dos o tres años mayor que yo y como soldado de reemplazo estuvo incorporado en las «Frecce Nere», las Flechas Negras del CTV (Corpo di Truppe Volontarie) de Mussolini, aunque en misiones de retaguardia, o sea, que no había disparado un tiro en su vida.

A través de él conocí a otro matemático e ingeniero agrónomo: José Gallego Díaz. Bueno, todavía no tenía el título de ingeniero; lo obtuvo justo ese mismo año, cuando yo entré en la escuela. Pepe Gallego Díaz, de Jaén, había trabajado junto al camarada Vicente Uribe, ministro de Agricultura en el gobierno de Negrín. O sea, que sí era un comunista. Era también licenciado en Matemáticas y había montado una pequeña academia (Claudio Coello esquina a Hermosilla) para preparar a alumnos para las diversas especialidades de Ingeniería. Yo, por mi parte, cuando entrase en la escuela, también pensaba ganarme algunas perras dando clases particulares.

Cirilo, yo y otro compañero canario, Miguel, que estaba terminando Medicina⁸, habíamos elegido, usando nuestra libertad personal, entre todas las filosofías que pretendían explicar el mundo, una específica, que no solo trataba de explicarlo sino que también quería transformarlo: el marxismo. Siendo, pues, marxistas, lo congruente con esta filosofía transformadora era que el instrumento para realizar dicha transformación era el Partido Comunista o los Partidos Comunistas en cada país y en cada momento. La «praxis» revolucionaria solo podía hacerse desde el Partido Comunista.

Así, una tarde de primavera de 1943, Cirilo, Miguel y yo fuimos caminando y hablando por el Parque del Retiro y, llegados a un punto entre medias de la es-

⁸ Miguel luego emigró a Canadá y no he vuelto a saber nada de él.

tatua ecuestre del general Martínez Campos y el Paseo de Coches, nos detuvimos. No había nadie a nuestro alrededor.

Entonces, Cirilo, Miguel y yo declaramos que en ese mismo momento nos constituíamos como «célula» del Partido Comunista de España. El trabajo inmediato consistía en entrar en contacto con la organización clandestina del Partido en Madrid y darle cuenta de nuestra existencia.

Así, por generación espontánea, surgió nuestra militancia en el PCE.

De pocas cosas de mi vida me he sentido siempre tan orgulloso como de esta.

1928

El colegio Nuestra Señora del Pilar es un conjunto armónico de edificios «neogóticos» que ocupa en Madrid toda una manzana, comprendido entre las calles Castelló, Don Ramón de la Cruz, Príncipe de Vergara y Ayala. Pertenece a la orden de los padres marianistas. Estos padres hacen los votos católicos de castidad y obediencia pero, salvo que lo deseen, no se ordenan sacerdotes.

Como papá y mamá no estaban satisfechos con mi estancia en los Escolapios, decidieron probar suerte y solicitaron plaza para mí en el Pilar. Yo los acompañé a esa visita que tenían concertada con el director don Clemente Gabel.

A mí me cautivó la personalidad de ese hombre francés ya mayor, de cabeza absolutamente blanca, de modales exquisitos, afable y educado. Y también les encantó a papá y a mamá.

Hay que darse cuenta hoy de lo que significaba entonces que el hijo de unos «cómicos» pudiese ser admitido como alumno en el exclusivo mundo del colegio del Pilar. Supongo que ellos ya se habían informado convenientemente de quiénes eran mis padres: unos actores casados como Dios manda, de intachable moralidad y costumbres, que trabajaban en compañías de teatro que representaban obras serias, nada «frívolas» o pecaminosas. Aun así, fue por parte de don Clemente Gabel un claro gesto de liberabilidad permitir mi entrada en ese centro donde se educaban los hijos de la «clase dominante» española.

Mi primer día de colegio. Yo iba hecho un «cromo» y llevaba puesto sobre mi ropa un babi recién limpio y planchado. Primer error: allí ningún niño llevaba babi. Estaba solo en uno de los patios del colegio, arena, algún arbolito, buscando a los de mi clase, Parvulitos A, que debían de andar por ahí. Había un chico, algo mayor que yo, cabalgando a otro. El jinete ese iba pelado al cero y tenía un rostro avisgado y pecoso. Vamos, era como el modelo oficial del niño travieso y descarado. Enseguida se encaró conmigo:

—¡Tú! ¿Cómo te llamas?

—Bardem.

—¡Ah, Mierdem, Mierdem!